

de los Estados, desde hacia tanto tiempo discutido y que tantas dificultades y tantos conflictos le creara, declarando en su consecuencia hereditaria en su familia la corona de Bohemia, y cuando limitó las atribuciones y suprimió la inviolabilidad de los supremos oficiales de aquel país. Asimismo son justificables las medidas de reaccion religiosa que tenían por objeto el restablecimiento del antiguo estado de cosas y la reparación de los daños causados á los católicos durante la rebelion, una de las cuales era la reintegracion en sus propiedades de los canónigos, sacerdotes y monjes católicos que de ellas habian sido expulsados. Mas funesto fué para la paz religiosa de aquel reino el hecho de ser llamados nuevamente á él, apenas vencida la sublevacion, los jesuitas (20 de diciembre de 1620), quienes naturalmente desplegaron entre aquellos aterrizados habitantes extraordinaria actividad para convertirlos al catolicismo, empresa en la que al principio fueron muy poco afortunados. Sin embargo, hasta esto puede considerarse como consecuencia lógica del propósito de hacer volver las cosas al ser y estado que antes del levantamiento tenían. En cuanto á la catedral de Praga, á la que el «rey de invierno» habia despojado de todos sus adornos, ya se comprenderá que inmediatamente fué restituida al culto católico.

Si Fernando se hubiese contentado con estas medidas que tendian á establecer una completa igualdad de derechos entre la minoría católica, cada día mas debilitada, y la mayoría protestante y hubiese vuelto las cosas al estado que tenían despues del otorgamiento de la carta de majestad, al poco tiempo la tranquilidad y la paz hubieran reinado en aquel país, ó cuando menos, segun todas las probabilidades, la guerra se habria limitado á Bohemia. Pero desde el momento en que faltando á todos los privilegios escritos empeñóse en una lucha de aniquilamiento sistemático de todo el protestantismo bohemio y en que rasgó con su propia mano el mas importante de los privilegios bohemios, la carta de majestad por la cual tan terribles luchas se habian sostenido excitó la desconfianza de protestantes tan moderados como el elector de Sajonia, que acababa de ayudarle en su contienda contra sus rebeldes súbditos. Ciertamente que el emperador, despues de muchos años de esfuerzos, consiguió la tranquilidad y el orden en aquel país, en el cual sus medidas de restauracion produjeron indecibles males; pero aquella tranquilidad era la de un cementerio. Bohemia quedó devastada y millares de familias ilustres vieron obligadas á emigrar de aquel país antes floreciente y entonces arruinado, cuya poblacion, segun fidedignos cálculos hechos hace poco tiempo, disminuyó de cuatro millones de habitantes que antes tenia á 7 ú 800.000. El número de aldeanos residentes en Bohemia se redujo de 150.000 á 50.000, y el de los de Moravia de 90.000 á 30.000. La mayor parte de los que permanecieron fieles á sus creencias, ó perecieron víctimas de la desesperacion ó abandonaron su patria, figurando entre estos últimos un gran contingente de la antigua aristocracia, á cuyos individuos encontramos, durante las luchas de los veinticinco años siguientes, en todos los ejércitos de los enemigos del emperador. Los protestantes que se quedaron en Bohemia hubieron de apurar hasta las heces el cáliz del sufrimiento: sus derechos les fueron arrebatados en progresion no interrumpida uno tras otro hasta que al fin no les quedó mas recurso que emigrar ó abrazar el catolicismo. En los comienzos de la reaccion dictáronse medidas contra los sacerdotes calvinistas y contra aquellos que se habian distinguido notablemente en la rebelion, por haber tomado parte en la coronacion de Federico, etc. Ese procedimiento gradual que se

siguió en las persecuciones debíase á que no habia manera de sustituir á los sacerdotes desterrados, porque el clero católico estaba reducido en Bohemia á muy pequeño número de individuos. De aquí que en un principio se intentara convencer por lo menos á los sacerdotes utraquistas moderados para que se sometiesen á la Iglesia católica ofreciéndoles que serian respetados en sus cargos; pero de los sacerdotes de Praga, que fueron aquellos á quienes tales ofertas se hicieron (abril de 1621), ni uno solo prestó oídos á esas halagadoras proposiciones. En vista de ello hubo de pensarse ante todo en formar sacerdotes católicos, tarea á la que se consagraron con gran celo los jesuitas muy especialmente, y á medida que pudo disponerse de ellos arreció la persecucion contra los sacerdotes protestantes. Despues que se hubo confiscado y restituido al culto católico tres iglesias de Praga y comenzado la proscripcion de los sacerdotes pertenecientes á la confesion bohemia, muchos predicadores protestantes huyeron voluntariamente antes de verse objeto de aquella medida. Otros no quisieron que sus feligreses se quedaran sin pastor espiritual y se quedaron en sus puestos, dirigiéndose, lo propio que los profesores protestantes de la universidad de Praga, al elector de Sajonia pidiéndole que les aconsejara y que intercediera por ellos cerca del emperador. Juan Jorge, que entonces comenzaba á comprender la causa que habia servido ayudando al emperador en su lucha, lamentóse repetidas veces á Fernando de la persecucion de que eran objeto sus correligionarios; pero el emperador, aguijoneado de continuo por el nuncio pontificio Caraffa, no hizo caso alguno de sus quejas. Desde la primavera de 1622 y con excepcion de las iglesias pertenecientes á los protestantes alemanes, contra las cuales no se atrevieron los reaccionarios á hacer nada por el pronto por consideracion al elector de Sajonia, en ningun templo de Praga se toleró mas culto que el católico, y lo propio sucedió en los dominios reales, de suerte que los protestantes no tuvieron otro sostén que el que hallaban en algunos dominios particulares. Pero tambien de este recurso se les privó al poco tiempo: en efecto, un edicto especial prohibió á todos los sacerdotes el uso del cáliz de los láicos y dispuso que los láicos que se resistieran á esta innovacion no podrian recibir ningun sacramento, ni ser casados ni enterrados eclesiásticamente. Sin embargo, á pesar de todas las violencias que se ponian en práctica, una de las cuales fué á poco el alojamiento obligatorio de los dragones de Lichtenstein á quienes se llamaba los *salvadores*, el protestantismo no desaparecia, y cuando se expulsaba á los párrocos, las poblaciones en masa acudian secretamente á los predicadores que iban de pueblo en pueblo. Verdaderas conversiones al catolicismo, que se procuraba obtener por todos los medios imaginables, hubo muy pocas y aun estas eran meramente externas, pues los conversos permanecian en el fondo inquebrantablemente fieles á sus creencias y los que podian ser escapaban de su patria entonces tan inhospitalaria.

Al mismo tiempo que se adoptaban estas medidas de reaccion religiosa que mataban todo sentimiento espiritual espontáneo y que producian en el país la mas espantosa miseria, se acometió la revision constitucional á fin de anular todo movimiento vital en la esfera política y de convertir al emperador en soberano absoluto. Tambien en esto se procedió gradualmente: comenzáse por espurgar el Consejo de la capital bohemia de todo elemento sospechoso, y en los dias 21 y 22 de octubre de 1621 procedió Lichtenstein á una renovacion de los miembros del Consejo, excluyendo á todos los adeptos de la confesion bohemia. En lo sucesivo el capitán de la guardia urbana nombrado por el rey y los jueces régios debian ejercer la inspeccion de la municipali-

dad; todos los altos cargos provinciales fueron conferidos exclusivamente á católicos y hasta se les llegó á limitar á los protestantes la facultad de adquirir. Ninguno de estos podia ser ciudadano, ni ejercer una industria, ni contraer matrimonio, ni otorgar testamento, y al que daba asilo á un protestante ó toleraba la enseñanza protestante se le imponian severos castigos. El último paso en este camino dióse cuando se concedió un plazo dentro del cual todo protestante debia abrazar el catolicismo ó emigrar. Por este sistema se logró, por lo menos aparentemente, la extirpacion completa del protestantismo en Bohemia: este resultado costó no solo una despoblacion sin ejemplo, sino tambien una absoluta desolacion espiritual de aquel país.

De igual manera que en Bohemia procedió Fernando en los demás territorios hereditarios, en Moravia y Austria, los cuales poco despues de la batalla de Praga y tras inútiles resistencias y vanas tentativas para que antes de someterse se les confirmaran sus privilegios políticos y religiosos, hubieron de volver incondicionalmente á la obediencia del emperador. El cardenal Dietrichstein, nombrado comisario imperial de Moravia, hizo allí lo mismo que en Bohemia habia hecho el gobernador Lichtenstein, es decir, confiscar bienes y reprimir sistemáticamente el protestantismo apelando á toda suerte de violencias. Unicamente Silesia y las Lusacias fueron tratadas con mayor suavidad por haber sido el elector de Sajonia quien, por mandato del emperador, llevó á cabo en aquellos territorios la ejecucion, que se verificó sin gran resistencia: y aunque Fernando se opuso repetidas veces y enérgicamente á que tal hiciera, el elector, invocando sus plenos poderes, garantizó á todos los Estados que voluntariamente se sometieran la confirmacion de sus libertades eclesiásticas y religiosas, consiguiendo, por su actitud resuelta, que el emperador respetase su promesa por mucho que el hacerlo le mortificara. En la Lusacia pudo lograr esto tanto mas fácilmente cuanto que aquel territorio le fué desde luego concedido en prenda de los gastos de guerra que habia hecho.

Todos los territorios de la corona bohemia volvian, pues, á estar en lo fundamental bajo el dominio del emperador: solo Bethlen Gabor de Transilvania y con él Hungría continuaban levantados en armas contra Fernando, el cual entabló con aquel negociacion de paz. En Bohemia todavia se resistieron algunas plazas fuertes, especialmente la de Pilsen, que defendia el cuerpo de ejército de Mansfeld; pero su rendicion solo podia ser cuestion de tiempo, tanto mas cuanto que Mansfeld, segun hemos visto, estaba dispuesto á negociar como habria tenido que hacerlo si se hubiese quedado solo en su resistencia. La guerra hubiera podido considerarse en lo principal como terminada, de haberse Fernando contentado con la sumision de los territorios hereditarios sublevados.

Pero ya á raíz de la batalla de la Montaña Blanca habia dado un paso que claramente demostraba que no se hallaba dispuesto á darse por satisfecho con los triunfos conseguidos. Ya hemos visto que en el tratado firmado en octubre de 1619 con Maximiliano de Baviera habia ofrecido á este la concesion de la dignidad de elector del Palatinado, ofrecimiento que solo podia realizarse decretando previamente la destitucion y la proscripcion del elector Federico. El emperador sabia que Maximiliano, del mismo modo que en virtud de aquel tratado se habia apoderado de la administracion del Alta Austria como prenda posesoria, exigiria el cumplimiento de aquella promesa verbal y que, en su consecuencia, solo evacuaria rápidamente los territorios austriacos en el caso de que se le indemnizara con la posesion del Palatinado. Pero comprendia tambien que si despojaba al elec-

tor palatino de sus territorios hereditarios y transferia á un príncipe católico uno de los tres electorados protestantes, produciria entre todos los protestantes alemanes una verdadera explosion de descontento y de gravísimos recelos. A pesar de todo, despues de haber consultado con el duque Maximiliano, resolvió al fin dar aquel paso decisivo y peligroso, y sin atender á los consejos que de todas partes, incluso del elector de Sajonia, le llegaban para que tal no hiciera, en 22 de enero de 1621 decretó la proscripcion del Imperio contra el elector Federico, con lo cual despertó naturalmente grandes inquietudes entre todos los príncipes protestantes y fué causa de que la guerra hasta entonces puramente local se convirtiera en una guerra general alemana primero y europea despues.

#### LUCHA POR EL ELECTORADO DEL PALATINADO

El desdichado «rey de invierno» habia manifestado repetidas veces, en el curso de las negociaciones que casi sin interrupcion y por intermediacion de Inglaterra se habian seguido con el emperador, que no habia luchado como elector del Palatinado contra su soberano y emperador, sino como rey electo de Bohemia contra Fernando en su calidad de monarca bohemio, con lo cual queria justificar su opinion de que el emperador no tenia derecho á llevar la guerra á sus territorios hereditarios, es decir, á los del elector del Palatinado. Pero ¿quién censurará á Fernando porque no ajustara su conducta á esta teoría? Desde el punto de vista en que el emperador se colocaba, la aceptacion por parte de Federico del Palatinado de la corona real bohemia que á él de derecho pertenecia constituia un ataque contra sus territorios hereditarios, ataque al cual podia contestar con otro digno contra los territorios hereditarios del elector. Este modo de proceder del emperador habianlo de antemano considerado probable y por ende temido todos los protestantes. Solo así se explica que la Union, en todo lo demás tan tenazmente reservada, prometiera defender contra cualquier ataque los territorios hereditarios del Palatinado, y solo así se comprenden las negociaciones que Fernando, al penetrar en Austria, entabló con la Union y que terminaron con aquel tratado de julio de 1620, por el cual la Union y la Liga se comprometieron á una paz recíproca, prometiendo en cambio la Liga abstenerse de todo ataque contra los territorios palatinos de Federico. Pero este compromiso habíalo contraído Maximiliano de Baviera únicamente por sí y por la Liga, negándose resueltamente á hacerlo extensivo al archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos. No se concibe cómo la Union, despues de haber intentado en un principio ampliar el compromiso en aquel sentido, aceptó aquel tratado á pesar de haberse Maximiliano negado á acceder á tal pretension: así sucedió necesariamente lo que tenia que suceder. La Liga y Maximiliano cumplieron su compromiso de no atacar al Palatinado, no habiéndoles costado gran cosa mantener su promesa, porque hartos tenían que hacer con la guerra de Bohemia; pero el archiduque Alberto, á pesar de todas las gestiones diplomáticas de Jacobo I de Inglaterra, dió orden en agosto de 1620 á su general Spínola de que penetrase en el Bajo Palatinado. La actitud que adoptó la Union enfrente de tal proceder correspondia por completo á la lamentable debilidad de que habia dado muestras, en el terreno diplomático, durante las negociaciones entabladas con Maximiliano. El ejército unionista, mandado por el margrave de Ansbach, ni siquiera intentó seriamente oponerse al avance de Spínola: por el contrario, permaneció tranquilo en su campamento de Worms en espera de las tropas auxiliares holandesas é inglesas, mirando im-

pasible cómo Spínola se apoderaba de Oppenheim y la fortificaba, mientras su lugarteniente Córdoba, con un cuerpo de 1.800 hombres, atacaba y conquistaba Bacharack en 1.º de octubre de 1620. El día 4 de octubre llegaron al campamento de Worms los 5.000 holandeses é ingleses que mandaba el príncipe Enrique de Orange, pero no por esto desplegó mayor actividad el ejército de la Union, desapareciendo el último resto de energía que esta conservaba despues de la batalla de la Montaña Blanca, perdida la cual fué cada vez mayor la dispersion en sus filas. Las primeras que se separaron de ella fueron las ciudades del Imperio, que desde hacia tiempo veían con desconfianza á los príncipes que estaban al frente de la misma: inició la desercion Estrasburgo en marzo de 1621, é inmediatamente despues las demás ciudades siguieron su ejemplo. El landgrave Luis de Hesse Darmstadt, que se habia separado de sus correligionarios y unido al emperador de una manera aun mas absoluta que el elector de Sajonia, no cesó de influir cerca de los miembros de la Union que todavía permanecian fieles á ella para que abandonaran por completo á Federico del Palatinado. Sus esfuerzos fueron coronados por el éxito: en efecto, la Union entabló con Spínola negociaciones que en 12 de abril de 1621 terminaron con el convenio de Maguncia, por el cual aquella se separaba completamente del conde palatino, obligándose á evacuar el Palatinado y á permanecer neutral. Aquello fué la bancarrota de la Union, que poco á poco habia llegado á ser el ludibrio del mundo entero. El Palatinado quedaba, al parecer, indefenso y abandonado á los ataques del emperador y de los españoles.

En vano esperó Federico que el emperador, una vez decidida la suerte en Bohemia, renunciara á proseguir sus ataques en el Palatinado; y en verdad que así lo aconsejaba la prudencia y que así debiera haber obrado Fernando si hubiese querido mantener la paz. Jacobo de Inglaterra hizo esfuerzos sobrehumanos para que se llegara á esa solucion, y realmente el emperador se habria visto en grave aprieto si el fugitivo elector del Palatinado, cediendo á los consejos de su suegro, hubiese renunciado incondicionalmente á Bohemia, pues en este caso Fernando, á pesar del decreto de proscripcion, no hubiera podido menos, por consideracion al rey de Inglaterra, de entablar formales negociaciones de paz en las que forzosamente habria tenido que dejar á Federico una parte de sus territorios hereditarios; pero Federico le facilitó sus propósitos persistiendo en su insensata actitud y negándose no solo á renunciar sin condiciones á Bohemia, sino tambien á hacer el menor acto de humillacion, coña de todo punto inevitable despues que la proscripcion fué decretada. Por esto pudo Fernando hacer caso omiso de las tentativas de conciliacion de Jacobo y perseverar en su actitud hostil á los territorios hereditarios del elector, los cuales parecia que sin resistencia alguna habian de caer en poder del emperador. Así las cosas, Mansfeld se encargó nuevamente de la causa de Federico y de la defensa del Palatinado.

Despues de la batalla de la Montaña Blanca, que de tan desastrosas consecuencias fué para Bohemia, los imperiales prosiguieron sin gran empeño las negociaciones que antes de aquella habian entablado Maximiliano y Buquoy con Mansfeld; y era natural que así fuera, porque, ganada aquella accion, creyeron los vencedores que podrian llegar á la meta de sus propósitos sin necesidad de acceder á las exigencias del general adversario. Mansfeld, en vista de ello, ofreció al conde palatino, á fines de enero de 1621, continuar á su servicio, y Federico le confió el mando de todas sus fuerzas de Bohemia y de sus territorios incorporados, pero no sobre las del Palatinado como él deseaba: entonces trató de defender

todavía la causa de Federico en Bohemia, haciendo desde Pilsen algunas incursiones en las tierras fronterizas y procurando por medio de contribuciones y saqueos los recursos necesarios para el entretenimiento de sus tropas. A principios de febrero encaminóse á Heilbronn, en donde intentó inútilmente obtener de la Union, que estaba ya expirando, nuevos sacrificios en pro de Federico; y cuando quiso regresar á Pilsen se encontró el camino cortado por tropas sajonas y bávaras, viéndose por ende en la necesidad de retirarse al Palatinado y no pudiendo evitar que la guarnicion de Pilsen entablara con los imperiales negociaciones cuyo resultado fué, al cabo de muy poco tiempo, la rendicion de la ciudad á cambio del pago de 150.000 florines que en concepto de pagas atrasadas acreditaban debérseles las fuerzas que la guarnecian. Estas pudieron dirigirse libremente á Klattan, y los liguistas hicieron el día 3 de abril su entrada en Pilsen.

Lo primero que entonces hizo Mansfeld fué reclutar en su propio nombre dos regimientos de infanteria: además los duques ernestinos, Guillermo y Federico de Sajonia Weimar, que aun despues de la derrota de Federico permanecian fieles á su causa, y los condes de Lowenstein y Lippe se ofrecieron á reclutar tropas. Así pudo Mansfeld reunir, á fines de abril de 1621, 9 ó 10.000 hombres, entre los cuales habia muchos de los que la Union habia licenciado: en cuanto á los recursos para sostener estas fuerzas debía facilitarlos el Alto Palatinado, que hasta entonces nada habia sufrido á consecuencia de la guerra. En junio, es decir, cuando la Union estaba completamente disuelta, aumentó su ejército hasta 14.000 hombres, lo que hizo que por el sistema de contribuciones y de saqueos que Mansfeld continuaba practicando, cada día fueran mayores las dificultades para atender al entretenimiento de las tropas. Por esta razon vióse el general obligado á tomar la ofensiva á pesar de que el elector del Palatinado le habia prevenido que nada hiciese, sin duda esperando el resultado de las negociaciones que entonces habian vuelto á entablar los ingleses por conducto de lord Digby. Mansfeld quiso abandonar el teatro de la guerra de Bohemia para reunirse con Bethlen Gabor, que precisamente entonces acababa de alzarse nuevamente en armas. Para ello queria tomar la ofensiva contra Tilly, que se encontraba enfrente de él con 15.000 liguistas (pues la Liga no se consideraba ya obligada á mantener su promesa de no atacar al Palatinado) antes de que llegase Maximiliano de Baviera, que habia armado por su cuenta 10.000 hombres y á quien Fernando habia autorizado en 6 de julio para atacar el Alto Palatinado. El día 14 de julio salió Mansfeld de Waidhausen, en donde habia construido fuertes trincheras, y se encaminó á Hesselsdorf, cayendo de improviso sobre el campamento que allí tenian las tropas auxiliares de Tilly y causando no pocas bajas á los liguistas que en ayuda de aquellas acudieron. El 16 fué á su vez atacado por Tilly, trabándose un combate que duró desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche y en el cual ambos ejércitos se atribuyeron la victoria. A pesar de las enfermedades epidémicas que en sus tropas se desarrollaron y á pesar de la derrota que le hizo sufrir Tilly en 8 de agosto, Mansfeld se sostuvo aun casi dos meses en sus trincheras de Waidhausen; pero cuando en setiembre avanzó Maximiliano para reunirse con Tilly, hubo de retirarse al Bajo Palatinado, dejando solo una guarnicion en aquellas trincheras y en las de Cham. De estas últimas apoderóse el duque de Baviera el día 25 de setiembre, reuniéndose á fines de este ó principios de octubre con Tilly en Schwarzenfeld: los ejércitos unidos de ambos caudillos sumaban un contingente de 25.000 hombres.

Entonces Mansfeld, como en el año anterior, entabló nue-

vas negociaciones con sus adversarios, ofreciendo deponer las armas si se concedia al conde palatino una indemnizacion conveniente y se le indemnizaba á él de las pagas atrasadas que no habia percibido; pero tampoco esta vez dieron buen resultado aquellas negociaciones que se siguieron primero con el archiduque Alberto y á la muerte de este, acaecida en 13 de julio de 1621, con su viuda Isabel por un lado

y por otro con Maximiliano de Baviera. Aquel hombre valeroso y dotado de grandes cualidades militares, pero falto de carácter, formulaba tan exageradas exigencias que sus adversarios vacilaron mucho antes de aceptarlas, y mientras en tales tratos estaban, el embajador inglés Digby, cuyas tentativas de conciliacion habian nuevamente fracasado, llegó al campamento de Mansfeld, y de tal modo influyó en el



CHRISTIANVS QVARTVS DEI GRATIA DANIAE, NORWEGIAE,  
VANDALORVM GOTHORVMQVE REX, DVX SCHLESVICI, HOLSATIAE,  
STORMARIE ET DITHMARSIAE; COMES IN OLDENBORCH ET DELMENHORST.  
Amstelodami, ex officina Iudoci Hondii. *Con privilegio.*

Cristian IV, rey de Dinamarca. Facsímile reducido del grabado de Jodocus Hondius (1563-1611)

ánimo de este que logró de él que continuara sirviendo al conde palatino.

Mal andaban las cosas para este en el Bajo Palatinado cuando llegó allí Mansfeld con su ejército: cierto que Spínola hubo de salir del Palatinado, llamado por la gobernadora Isabel que le necesitaba con urgencia en los Países Bajos; pero el general Córdoba, que ascendió á general en jefe, proseguía con éxito la campaña, habiéndose apoderado del castillo de Stein en el Rhin, que logró conservar en su poder á pesar de las reiteradas tentativas que para recuperarlo hizo el valiente coronel palatino Obentraut. Despues de haber tomado en 3 de octubre á Kaiserslautern, marchó Córdoba á poner sitio á Frankenthal (8 de octubre), pero en esta plaza opusieronle enérgica resistencia la guarnicion y la poblacion que se mantenía fiel á Federico. Al saber que

Mansfeld se aproximaba, Córdoba se decidió á levantar el cerco de aquella ciudad y á establecer un campamento en Oppenheim, no habiendo podido impedir que Mansfeld se uniera al ejército del elector, que se componia de unos 8.000 hombres. Aunque no hubo propiamente lucha, la causa del conde palatino, que ya despertaba grandes simpatías entre la poblacion, volvió á tener bajo el concepto militar un firme punto de apoyo en el Bajo Palatinado.

Maximiliano de Baviera, que cada vez trabajaba mas abiertamente para apoderarse definitivamente de los territorios palatinos, no se daba por satisfecho con que Mansfeld hubiese sido expulsado del Alto Palatinado, sino que queria además arrojarle del Bajo, destruyendo con ello el último resto del poderío de su primo. En su consecuencia ordenó á Tilly que con 12.000 infantes, 26 cornetas de caballería y